

Un viaje al mundo de la música clásica
de la mano del maestro español más internacional

A PRUEBA DE ORQUESTA

PABLO HERAS-CASADO




ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Y ESO, ¿PARA QUÉ? (PREGUNTA DE TAXI)

1. VIAJE A LA INFANCIA EN UN SEAT 127

2. MÁS RUIDO, POR FAVOR

3. UN LUGAR PARA BAILAR

4. UN PIANO EN EL PARAÍSO

5. YIN CHRISTOPHERS Y YANG BOULEZ

6. BOLOS Y MÁS BOLOS

7. MI OJA DE RUTA

8. DIVULGAR, NO DIGAS VULGAR

9. LA EDAD Y EL JAZZ

10. BARCELONA A CAPELA

11. MAINZ VALE TARDE QUE NUNCA

12. UN ESPAÑOL EN PARÍS

13. UN INTELLECTUAL COMO LOS DE ANTES

14. LA LENTILLA MÁS RÁPIDA DE LA HISTORIA

15. UN SÁBADO CON DOMINGO

16. ¿A QUÉ SUENA EL PRESENTE?

17. UNA JUNGLA DE ASFALTO

18. EL «OBRADOR» DEL FRAC

19. ¿CON O SIN BATUTA?(DILEMA SHAKESPERIANO)

20. SONIDOS DE LA CUEVA

21. BIG FIVE: ¿TE GUSTA DIRIGIR?

- [22. UNO DE CIEN \(¿PARA QUÉ SIRVE LA MÚSICA?\)](#)
- [23. UNA ENTREVISTA SENCILLAMENTE PERFECTA](#)
- [24. DE BERLÍN A VIENA, PASANDO POR FRIBURGO](#)
- [25. CONCIERTOS A TODA VELA](#)
- [26. TOURMALET A MAHLER](#)
- [27. CARTA AL CORAZÓN \(DE MANHATTAN\).](#)
- [28. LA «ERA HERAS» EN GRANADA](#)
- [29. A RICHARD GERE LE QUEDA MEJOR EL ESMOQUIN](#)
- [30. A PRUEBA DE ORQUESTA](#)

[Créditos](#)

El director de orquesta Pablo Heras-Casado aborda el mundo de la música clásica, pocas veces comprendido, pero fundamental en el ser humano. Y lo hace de manera natural, sin corsés ni prejuicios, porque no hace falta tener conocimientos musicales para entenderla; la música es lo que nos transmite, lo que nos haga sentir.

El autor intercala píldoras de su vida desde niño y de cómo va descubriendo la música, con sus conciertos más importantes por todo el mundo y las orquestas que ha dirigido, algunas de las mejores del mundo (sinfónicas de Chicago y San Francisco, Los Angeles Philharmonic, New York Philharmonic, Boston Symphony Orchestra, Staatskapelle Berlin, Münchner Philharmoniker, Symphonieorchester des Bayerischen Rundfunks, London Symphony Orchestra, Metropolitan Opera, etc).

A mis padres.

Y ESO, ¿PARA QUÉ? (PREGUNTA DE TAXI)

Algunos pasajeros aplaudieron al sentir las ruedas del avión en tierra firme. Estábamos a finales de abril y Nueva York me recibía con una espectacular tormenta. A través de mi ventanilla observé a los operarios de pista en mitad del aguacero. Parecían marineros faenando en alta mar con sus impermeables fluorescentes y sus redes invisibles. Pensé que hacía no demasiado tiempo la única manera de llegar a este continente era en barco y, no sé por qué, me sentí afortunado.

Recogí mi maleta en la cinta de equipaje y me dirigí sin perder un segundo a una de las salidas del aeropuerto para tomar un taxi que me llevara al hotel. En mis últimas visitas a Nueva York me había alojado en un pequeño y coqueto apartamento de la 70 con Broadway, pero los organizadores del concierto que iba a dirigir el 5 de mayo me habían reservado una habitación en el Park Hyatt, frente al Carnegie Hall, donde tendría lugar la gala.

Aproveché para responder algunos correos atrasados en el asiento trasero del taxi. Contesté a mi agente que la mejor fotografía para la portada de la *Primera sinfonía* de Tchaikovsky que acababa de grabar con la Orquesta de St. Luke's era la última de la serie, en la que aparecía sonriendo. La partitura de Tchaikovsky es un viaje a través del frío y de la nieve de la gran estepa rusa, pero no hay razón para el desaliento ni mucho menos para las caras circunspectas en la portada de un disco. Incluso en el lúgubre lamento

del oboe del segundo movimiento centellea una luz cálida que presagia un futuro próspero.

A la altura de Queens el tráfico era tan denso que el taxista empezó a maldecir en un idioma que no comprendí ante la demora de un semáforo en rojo. Mi conductor tenía unos cincuenta años, llevaba turbante y lucía una impoluta barba blanca. Ya en inglés, me aclaró que no había insultado a nadie, sino invocado el *Charhdi Kala*, una especie de energía positiva que emana directamente de la exaltación espiritual, o algo así. Le contesté que por mí podía insultar a quien le diera la gana si eso le hacía sentirse mejor, y me devolvió una sonrisa cómplice a través del retrovisor.

Nos quedamos un rato sin decir nada bajo el aguacero, contemplando los coches a nuestro alrededor como en uno de esos arrebatos de nostalgia de los cuadros-ventana de Karen Woods. Después, el taxista volvió al ataque con su discurso atropellado. Me contó que había nacido en el estado indio de Punjab, que era padre de seis hijos, «todos norteamericanos», y que nunca había dejado de cumplir con la doctrina religiosa de los sijs.

—Ni siquiera dejé de llevar turbante después de que derribaran las Torres y la gente nos empezara a llamar terroristas —lamentó con gran gestualidad—. No lo decían con la boca, claro, pero sí con la mirada. Terroristas, terroristas... —repetía con los ojos bien abiertos.

Nueva York es así. No hay un solo metro cuadrado de esta caótica ciudad que esté a salvo de rarezas y extravagancias de toda clase. Incluso en la plácida cotidianeidad de un taxi en mitad de un atasco pueden aflorar historias susceptibles de ser noveladas o incluso adaptadas al cine. *You talkin' to me?*, pensé para mis adentros mientras mi amigo indio seguía gesticulando a través del espejo durante su interminable monólogo. *You talkin' to me?*

Apenas recuerdo unos pocos detalles de todo lo que me contó durante la hora y media que duró el trayecto hasta el hotel, pero sí sé que de no ser por Jail Singh Chauchan —así transcribió él mismo su nombre en mi teléfono al despedirnos— no estaría escribiendo ahora estas líneas.

Acabábamos de cruzar el puente de Ed Koch Queensboro y la tromba de agua no permitía ver los rascacielos de Manhattan, cuando Jail me preguntó a qué me dedicaba. La pregunta era todo lo inocente que se podía esperar de un taxista charlatán, pero me sentí en la obligación de saciar su curiosidad con el mismo rigor y entusiasmo que él había invertido en su relato.

Empecé diciéndole que me ganaba la vida como director de orquesta y le hablé del concierto que me había traído de vuelta a Nueva York para celebrar el ciento veinticinco aniversario del Carnegie Hall. Añadí después —total, no había prisa— algunas reflexiones sobre la importancia de la música sinfónica en la cultura occidental y también un par de comentarios sobre las competencias de un director de orquesta.

—No se trata de agitar los brazos como un guardia de tráfico —le dije, y enseguida me di cuenta de que no había acertado con el símil—. Nuestro trabajo consiste en mediar entre la voluntad de los grandes compositores del pasado y la sensibilidad de los intérpretes del presente.

A continuación se produjo un silencio que, de no haber sido por la verborrea inicial del taxista, no habría tenido por qué resultar incómodo. Todavía recuerdo el ruido enloquecido de los limpiaparabrisas como una especie de fanfarria previa a la pregunta que Jail disparó a bocajarro sin girar siquiera la cabeza:

—Y eso, ¿para qué?

He dado muchas entrevistas a lo largo de mi carrera, algunas especialmente exigentes, y puedo decir que ninguna pregunta me ha descolocado tanto como la que me hizo Jail aquella tarde lluviosa de martes. Y eso, ¿para qué? ¿Qué sentido tiene que la gente acuda a una sala de concierto para escuchar una ópera o una sinfonía? ¿Qué ha hecho posible que, a lo largo de los siglos, hombres y mujeres sigan reuniéndose para tocar sus instrumentos bajo una misma luz, pero siempre en otro tiempo? ¿Qué fuerza misteriosa emana de cada partitura? ¿Por qué y para qué dirijo? ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Para qué sirve la música?

ca? Persuadido por la evidencia, nunca me había tomado la molestia de responder a todas estas cuestiones. La música siempre había estado ahí, mucho antes de que yo llegara a este mundo, y la había incorporado a mi vida con absoluta naturalidad.

Nacemos con ojos y manos y pies y un corazón que late incesantemente hasta el último suspiro, y nada de eso nos extraña ni nos inquieta sencillamente porque siempre han formado parte de nosotros. De la misma manera, yo siempre pensé que la música era una extensión de mi propio cuerpo, una especie de órgano vital. Pero ahora me encontraba solo en un taxi de Nueva York, lejos de la casa de Granada donde recibí mis primeras lecciones de piano, y tenía por delante una semana repleta de ensayos antes del concierto.

A la mañana siguiente, durante mi primer encuentro con la Orquesta de St. Luke's, aquellas cuatro palabras se repitieron dentro de mi cabeza en un furioso crescendo. Tenía delante de mí la partitura abierta del *Himno de la coronación n.º 1* de Händel, pero no podía dejar de pensar en aquella pregunta.

Estamos a viernes, quedan seis días para el gran concierto de la temporada, y he empezado a escribir estas notas de madrugada mientras vigilo desde la ventana de mi habitación la presencia nocturna del Carnegie Hall.

—Y eso, ¿para qué? —le pregunto a la noche.

1

VIAJE A LA INFANCIA EN UN SEAT 127

Cuando la gente me pregunta por mis inicios musicales espera el relato de una infancia transitada de cantatas de Bach o marcada por el descubrimiento, a modo de epifanía, de una ópera de Mozart o una sinfonía de Mahler que cambian repentinamente el curso de los acontecimientos. Nada de eso llegó a ocurrir, aunque mentiría si dijera que mi niñez no estuvo colmada de música.

Tengo grabado a fuego en mi memoria el canto tierno de mi madre, una voz cálida y cariñosa a la que, sin duda, le debo mi temprano interés por la música. Nací en el seno de una familia humilde, hijo de un policía nacional y de un ama de casa. Mis padres no tenían formación musical ni tampoco afición por el repertorio clásico, pero nunca me faltó de nada para emprender, desde bien abajo, la ascensión a la cima de mi propia identidad. A lo largo de toda su vida, Pablo y Carmen hicieron un esfuerzo titánico para que mi hermana Miryan y yo lográramos alcanzar cualquier meta que nos propusiéramos.

Nací en 1977, en el corazón del Zaidín de Granada, donde pasé mi primer año de vida antes de que mi familia se mudara provisionalmente al barrio de Aluche de Madrid. Diez meses más tarde, destinaron a mi padre a Cataluña, así que volvimos a hacer las maletas y pusimos rumbo al norte. Hasta los siete años viví en el municipio barcelonés de Rubí para luego emprender el camino de vuelta a Granada, también por motivos de trabajo de mi padre.

Recuerdo perfectamente aquel viaje en Seat 127 por las carreteras de la época. El coche era minúsculo, pero aprovechaba hasta el último centímetro de su espacio, por lo que uno podía encontrar un cortaúñas, un clic o veinte duros en alguno de sus misteriosos recovecos. Al igual que le ocurría a Proust con su famosa magdalena, no puedo evitar asociar aquel vehículo con algunos capítulos de mi infancia.

El viaje de Barcelona a Granada debió de durar diez o doce horas, durante las cuales no dejaron de sonar en la radio algunos grupos de los ochenta: Nacha Pop, Danza Invisible, Miguel Bosé, Joaquín Sabina, Los Secretos, Mecano... En la guantera del coche mi madre guardaba varios casetes de música infantil, tipo Parchís y Enrique y Ana, como eficaz antídoto contra el famoso «¿cuándo llegamos?».

De vuelta al barrio obrero del Zaidín, no tardé en adaptarme a mi nueva vida. Llegué en mitad del curso de segundo de EGB, pero a la semana ya tenía mi propia pandilla. Hacía mucha vida callejera, deambulaba por ahí con eso que las madres llaman «malas amistades» y, bastante a menudo, me metía en líos con las autoridades locales.

Si mi primera infancia fuera una película, sin duda la habría podido dirigir algún maestro del cine quinquí. Quedaba con mis amigos por las tardes para colarnos en obras, hacer fogatas en casas abandonadas o conducir nuestras Vespinos a la edad en que los niños aprenden a montar en bici. Visto hoy desde la distancia, se podría decir que el espíritu de la picaresca tantas veces invocado en aquellos días plácidos de mi infancia me abrió algunas puertas de la vida adulta.

Fue la señorita Encarnita, profesora del colegio Juan XXI-II, quien percibió en mí cierta sensibilidad musical y se lo comunicó rápidamente a mis padres, que no tardaron en tomar medidas en el asunto.

Dos tardes a la semana acudía con otros dos niños mayores que yo a una minúscula y enmoquetada habitación del colegio, donde custodiaban un piano Yamaha vertical. Más tarde, mis padres me apuntaron a clases particulares en casa de la señorita Encarnita, que tenía un precioso piano Ple-

yel de finales del siglo XIX, toda una reliquia musical donde llegaría a tocar mis primeros *Estudios* de Chopin.

Durante las primeras clases, Encarnita me enseñó a sentarme, a colocar los pies, a mantener la espalda recta, los codos no muy separados del cuerpo, las manos relajadas pero siempre curvadas... Al principio me resultaba imposible controlar tantas variables, y hasta sentía mareos durante las clases. Era como el famoso «efecto ciempiés» del que habla el pianista canadiense Glenn Gould en sus memorias: cuanto más piensas algo, más posibilidades tienes de hacerlo mal. El ciempiés en cuestión paseaba contento por el bosque hasta que un sapo burlón le dijo: «Cuéntame, ¿en qué orden mueves las patas?». La pregunta le desconcertó tanto que se cayó exhausto en el camino, sin saber cómo volver a caminar.

Mi primer piano fue un Yamaha de pared que costó trescientas mil pesetas de la época. Mis padres lo pagaron letra a letra, de la «y» a la «a», a lo largo de veinticuatro eternas mensualidades. El sueldo de mi padre era bastante precario y no daba para lujos asiáticos, por muy musicales que fueran. Fue aquel piano un regalo generosísimo y un esfuerzo, pero también una prueba de confianza: ¿se trataba de un capricho pasajero de un chaval de nueve años que soñaba con ser músico? El tiempo me terminaría dando la razón, pero lo cierto es que durante los diez años que tardé en acabar la carrera de piano no logré establecer un vínculo demasiado emocional con el instrumento. Eso no quería decir que no sintiera verdadera fascinación por algunas partituras, que no me emocionara con *El clave bien temperado* de Bach, que no disfrutara de las *Romanzas sin palabras* de Mendelssohn o que no me dejara seducir por la belleza oculta de los *Estudios* de Chopin. Pero sabía, intuía al menos, que mi verdadera vocación estaba en otra parte.

Reconozco que algo tuvo que ver el hecho de que el piano requiriera de una gran disciplina y largas horas de entrenamiento, sin las cuales no es posible que lleguen a manifestarse los primeros brotes de ese artista que todos llevamos dentro. No es que no fuera disciplinado, sino que

toda esa metodología aplicada a la técnica del piano acabó frustrando mi curiosidad. Era un proceso demasiado lento para todo lo que me había propuesto aprender y experimentar. Aunque con el tiempo he llegado a estudiar partituras hasta desollarme los codos, en aquellos primeros años vivía la música de una manera absolutamente espontánea, liberado de los rigores académicos y del estrés por alcanzar nuevas cotas de virtuosismo técnico.

Jamás he sentido atracción por el lado oscuro de la música ni por el malditismo asociado históricamente a la personalidad de los genios de la música. Digamos que no era el chico más aplicado del Real Conservatorio Superior de Música Victoria Eugenia de Granada, ni tampoco el menos sociable de la clase. Para mí, la manera natural de expresar mis sentimientos era a través del canto. La voz era *mi* instrumento.

Nada más llegar al Zaidín me apunté al coro del colegio. En las horas de recreo me reunía con un grupo de chavales en la iglesia del centro, donde el profesor Rafael García, a los mandos de un órgano eléctrico, nos inició en el repertorio de la música religiosa más popular: nada de polifonía sacra ni canto gregoriano, sino canciones festivas y modernas al más puro estilo Concilio Vaticano II. Hace años que don Rafael se jubiló, pero todavía sigue acudiendo a mis conciertos en Granada y me saluda siempre muy cariñoso.

Después de participar como solista en varias comuniones—incluyendo la mía propia—, me inscribí con mi madre en la Asociación Músico-Coral Federico García Lorca, un coro *amateur* para todas las edades y niveles. Lo descubrimos por casualidad un sábado que salíamos de casa de mis tíos y, desde entonces, frecuentamos al menos dos veces por semana aquel pequeño local pegado al parque Almunia de Aynadamar. El ambiente era tan acogedor y familiar que, pasados los años, también se apuntó mi hermana. Allí descubrí la música del renacimiento tardío de Tomás Luis de Victoria y Orlando di Lasso e hice piña con un grupo de chavales de mi edad con los que salía a montar en bici los fines de semana.

A los quince años fui aceptado como miembro de la coral Ciudad de Granada. Era de largo el más joven de la formación, por lo que, después de los recitales que ofrecíamos, nadie se extrañaba al encontrarme en algún bar de la zona «tomando cañas» con mis nuevos amigos treintañeros. Fueron ellos los que me inculcaron el amor y la pasión por el repertorio antiguo.

Me acuerdo que un día, a la salida de uno de los ensayos, que alguien me preguntó qué iba a estudiar. Contesté que pretendía acabar la carrera de piano, estudiar Historia del Arte en la universidad y, si todo iba bien, poderme dedicar profesionalmente a la música.

—Ay, Pablito, qué ingenuo eres —me aleccionó uno de los chicos con displicencia—. Ya sabes que quien mucho abarca poco aprieta.

Preferí no reaccionar a su impertinencia, no ponerle en ridículo delante de sus amigos, pero reconozco que aquel «Pablito» fue como una espinita clavada en el corazón de mi orgullo. Y cada vez que me topo con alguna piedra en el camino me aprovecho del agujonazo del «Pablito» para seguir demostrándome que puedo con todo.

En esa época podía pasarme horas escuchando en mi habitación las misas, cantatas y pasiones de Bach que grabó John Eliot Gardiner, así como otras obras magistrales interpretadas por los pioneros de la llamada «revolución de la música antigua» que defendían una nueva forma de interpretación de este repertorio basada en criterios historicistas mucho más fieles a las partituras originales.

En la era de U2, Madonna y los Pet Shop Boys, los integrantes del coro nos intercambiábamos discos de Christopher Hogwood, Philippe Herreweghe, Nikolaus Harnoncourt, Trevor Pinnock, Ton Koopman, Jordi Savall y otros directores a los que admirábamos muy por encima de los reyes del *rock* y las estrellas del fútbol, más allá de cualquier *celebrity* del momento, por carismática o talentosa que fuera.

Aunque el único concierto pop al que he ido en toda mi vida fue uno de Mecano en la plaza de toros de Granada,

nunca me he considerado un bicho raro, un inadaptado ni tan siquiera un friki de gustos estrafalarios. Por la sencilla razón de que para mí escuchar música de tres o cuatro siglos de antigüedad era la cosa más normal del mundo. No lo hacía para aparentar, ni para ser aceptado, ni mucho menos para ligar —en cuyo caso el efecto habría sido probablemente el contrario—. Simplemente era lo que me gustaba y me sentía afortunado por el hecho de tener acceso a una música de tan extraordinaria belleza sin tener que renunciar a una vida normal, llena de planes, amigos y mucha, mucha diversión.

Aunque siempre fui muy responsable, me gustaba salir por las noches como a cualquier adolescente. En la época en que me dejaba caer por ciertos bares de moda en Granada mis padres me esperaban en vela hasta las tantas de la madrugada para comprobar que había llegado sano y salvo. Era, como digo, un chico normal, algo gamberro y bastante juerguista, pero no pertenecía a ninguna tribu urbana. Como escribió Walt Whitman en uno de sus poemas, el «yo» inmenso de mi adolescencia albergaba multitudes.

Por la mañana me esforzaba en sacar buenas notas en clase, por la tarde cumplía a duras penas con mis obligaciones en el conservatorio y por las noches deambulaba por oscuros callejones con mi Vespino. Uno de mis placeres favoritos era comer toneladas de pipas despatarrado en las escalares del portal de mi amigo Nacho, con quien me escapaba algunas mañanas a hacer rutas en bici. Los sábados por la noche quedaba con mis compañeros del colegio para tomar unas cervezas y los domingos me encerraba en mi habitación para deleitarme con un buen surtido de polifonía española del siglo XVI: la música más pura y noble que jamás se haya escrito.

La vecina de la casa de mis padres no soportaba el más mínimo ruido, y llegó a hacernos la vida imposible cada vez que escuchaba una nota que hubiera salido de mi piano. En mi defensa debo decir que nunca toqué a horas intempestivas y que tampoco fui un estudiante modélico en cuanto a las horas dedicadas. Pero para evitar que la situa-